

Juan Antonio Rivera
MORAL Y CIVILIZACIÓN.
UNA HISTORIA

arpa

ÍNDICE

PRÓLOGO	13
PRIMERA JORNADA: LAS SOCIEDADES HUMANAS AUMENTAN EN TAMAÑO Y COMPLEJIDAD	
PARTE 1. INDAGACIONES MORALES	
1. La moral como herramienta para la guerra	25
2. La pieza que faltaba	31
3. De vuelta con Darwin	47
4. ¿Qué es la moral?	78
PARTE 2. LOS INCONSCIENTES GUÍAN NUESTRA CONDUCTA (CASI) TODO EL TIEMPO	
5. El inconsciente evolutivo	109
6. El inconsciente individual	124
7. El inconsciente colectivo	144
PARTE 3. ¿Y QUÉ HAY DE LA RACIONALIDAD?	
8. La racionalidad está sobrevalorada	171

PARTE 4. CORTAFUEGOS FRENTE A LA CRECIENTE
COMPLEJIDAD SOCIAL

9. La ley	209
10. La política	218
11. La religión	240

SEGUNDA JORNADA: LA GÉNESIS DEL INDIVIDUALISMO
Y SUS CONSECUENCIAS

PARTE 5. LA EVOLUCIÓN DEL INDIVIDUALISMO

12. Individualismo metodológico e individualismo moral	251
13. El individuo se separa de la familia extensa	258
14. Declive de la violencia	282
15. Prosperidad material y progreso moral	295
16. Democracia liberal	320
17. Cuando el egoísmo es bueno	336

PARTE 6. MORAL FRÍA Y MORAL CÁLIDA

18. Contrastes y complementariedades	355
--------------------------------------	-----

EPÍLOGO. CERRANDO PUERTAS Y VENTANAS	377
--------------------------------------	-----

AGRADECIMIENTOS	385
-----------------	-----

NOTAS	389
-------	-----

*Para Florentina Rivera Iglesias, mi madre,
ya solo una voz al otro lado de la puerta*

«Nada en moral tiene sentido si no es a la luz de la evolución».

Paráfrasis de una conocida sentencia del genetista ruso

THEODOSIUS DOBZHANSKY

«No siempre hagas a los demás lo que desees que te hagan a ti: ellos pueden tener gustos diferentes».

Versión de la Regla de Oro por GEORGE BERNARD SHAW,
citada en FERNANDO SAVATER, *Ética para Amador*

«Hace algunos años reseñé un libro con una amplia visión panorámica de la historia económica y concluí que el autor era superficial en todo lo que yo conocía bien, pero muy bueno en lo que no conocía. Esto finalmente me pareció un cumplido, y espero hacerlo igual de bien».

CHARLES P. KINDLEBERGER, *Historia financiera de Europa*

PRÓLOGO

Ante todo, gracias por escogerme como guía y compañero en esta travesía intelectual. Me dispongo a contarle una historia: la de cómo una moral del respeto —hecha para que dos individuos que no se conocen de nada puedan tratarse entre sí sin ocasionarse daño— se fue abriendo paso poco a poco a partir de una moral más primitiva, basada en el altruismo, y que gobernaba el comportamiento de las personas en pequeños grupos y no se extendía más allá de ellos. En otras palabras, quiero contarle cómo la moral cálida, tribal (la ética de la sabana), sin dejar de permanecer entre nosotros en sociedades de gran escala, dejó que entre sus entresijos creciera una moral fría (la ética de la civilización), bien adaptada a la gran dimensión de las sociedades en las que ahora vivimos. He estado dándole vueltas a estas cuestiones durante más de dos décadas y ha llegado el momento de emprender la presentación de las mismas de la manera más completa y madura de que he sido capaz.

He puesto mis cinco sentidos en conseguir que el libro sea autocontenido y no presuponga conocimientos especiales por parte de quien leyere. Mi intención es siempre hacerme entender con la mayor claridad posible y, con vistas a ello, no dudaré en usar multitud de ejemplos, datos y experimentos que le permitan sentir que está pisando terreno firme en todo momento. En

lo que de mí dependa, no quedará abandonado a especulaciones más o menos recónditas o gaseosas. He aquí el compromiso que contraigo con usted desde el primer momento.

Y sin más preámbulos paso a detallarle los paisajes teóricos por los que vamos a transitar.

El viaje teórico que le propongo hacer en este libro tiene dos mitades o jornadas: en la Primera Jornada (capítulos 1 a 11) me ocupo de la moral cálida, mientras que dedico la Segunda Jornada (capítulos 12 a 18) a la moral fría. La aclaración de lo que distingue a ambas formas de entender la moral irá horadando su hueco a lo largo del texto y se comprenderá del todo al final del mismo.

La Primera Jornada del libro desgrana los instrumentos de control social que puso en juego nuestra especie a medida que aumentó el tamaño y la complejidad de los grupos sociales en que convivían sus miembros. En un primer momento esos instrumentos reguladores fueron de naturaleza biológica. Pero, al alcanzar cierto grado de complejidad, esas herramientas biológicas revelaron sus insuficiencias y hubo que recurrir a artefactos culturales para garantizar ese control social: artefactos legislativos, políticos y religiosos.

En la Segunda Jornada del texto me ocupo de mostrarle cómo fue el nacimiento inesperado del individualismo en Europa Occidental en las postrimerías del Imperio romano y las secuelas todavía más inesperadas del mismo que fueron aflorando a lo largo de la Edad Media y hasta nuestros días. El individualismo suele tener mala prensa en algunos círculos intelectuales pues tiende a confundírsele con el egoísmo. Trataré de convencerlo de que esto es un error y que, sin ir más lejos, se puede ser individualista y altruista a la vez. Es más, muchas personas son simultáneamente ambas cosas, por extraño que a algunos pueda parecerles. Por cierto, y a pesar de cuanto usted pudiera creer, el individualismo es una forma de cultura minoritaria hoy en día en el planeta, aunque, eso sí, con una notable pujanza.

Tanto el tamaño y complejidad crecientes de las sociedades humanas como la emergencia en algunas de ellas del individualismo trajeron aparejados profundos cambios en las maneras de control social (y moral) en el interior de los grupos humanos y también en las relaciones que entre ellos mantenían. Se ha producido una evolución importante desde la moral de la sabana (la que imperaba en las pequeñas colectividades de nuestros ancestros) hasta la actual moral de las civilizaciones extensas. Y en este ensayo le cuento cómo fue esta evolución moral propulsada por ambos factores: el tamaño y complejidad en aumento de los grupos humanos y la aparición del individualismo como fenómeno cultural en Occidente.

Y ahora, como aperitivo, voy a dejarle mordisquear un poco en el contenido de los capítulos que conforman este libro. En el capítulo 1 («La moral como herramienta para la guerra») me cojo de la mano de Charles Darwin (cosa que casi siempre suele dar buen resultado) para dar cuenta de cómo surgió (o cuando menos se potenció) la moralidad humana en condiciones primitivas. Por extraño que ello pueda parecer a primera vista, la moralidad humana fue espoleada por la guerra, por los conflictos intertribales, que forzaron, quieras que no, a los individuos a cooperar con su grupo para así mejor competir con los grupos rivales. Esta cooperación intragrupal fue sostenida por resortes biológicos, como el altruismo por selección de parentesco, el altruismo recíproco, el castigo altruista, la reciprocidad indirecta y la selección de grupo. Hago un somero repaso de cada uno de estos mecanismos biológicos.

En el capítulo 2 abordo una pieza que faltaba en la resolución del rompecabezas del altruismo, y que se le pasó por alto a Darwin: la selección de parentesco (también llamada altruismo familiar, nepotismo, eficacia biológica inclusiva o egoísmo genético), estudiada en primer lugar por el biólogo William D. Hamilton y luego adoptada por la sociobiología en la década de 1970.

Vuelvo a colgarme del brazo de Darwin en el capítulo 3 y repaso en detalle los argumentos esgrimidos por él para explicar

evolutivamente el altruismo. Entre ellos la selección de grupo (un asunto muy controvertido entre los biólogos), que me animo a representar como un juego del Dilema del Prisionero Multinivel. Acabo este capítulo haciendo mención de las circunstancias de la moralidad: la escasez moderada de recursos y la falta de identidad genética perfecta entre los miembros de nuestra especie.

Dentro del capítulo 4 me dedico a desmenuzar expresamente y en detalle el significado de la moral, solo para descubrir que es mucho más enrevesado y lleno de matices de lo que a primera vista parece. Hablo también en él de la ética intraindividual y de la distinción, descuidada hasta ahora, entre *ética discreta* y *ética continua*.

Con el capítulo 5 entramos ya en la segunda parte del libro, en que estudiaremos los diversos tipos de inconsciente, empezando por el inconsciente evolutivo. A pesar de lo que entonan los mariachis de la razón —y de estos los hay hasta debajo de las piedras, créame—, nuestro comportamiento está gobernado casi siempre por mecanismos automáticos y no racionales, es decir, por el inconsciente en sus diversas advocaciones. Tal vez el recado central de este capítulo dedicado al inconsciente evolutivo es que no hay tal cosa como el «determinismo genético». Fenómenos como la norma de reacción, la coevolución culturgénica o la herencia epigenética (o transgeneracional) deberían alejar de una vez por todas este fantasma.

El capítulo 6 está consagrado al inconsciente individual, en un sentido no freudiano de la palabra «inconsciente»: el inconsciente individual es el conjunto de procesos que automáticamente lleva a cabo una persona, como cosa distinta de los procesos racionalmente controlados. Este inconsciente individual es esquivo a la observación y solo se deja sorprender «a traición» mediante cosas como los Test de Asociación Implícita, las experiencias de pacientes con el cerebro dividido o los experimentos de Benjamin Libet sobre el libre albedrío. También le hablaré en este capítulo de la plasticidad del cerebro individual y de sus interesantes consecuencias éticas.

El inconsciente colectivo (en un sentido no jungiano de la expresión) es el centro de atención del capítulo 7. En la mayor parte de los casos ese inconsciente colectivo se fragua de manera no intencionada y de abajo arriba como una serie de adaptaciones culturales a un entorno dado. Pero en otros casos, como en la Rusia bolchevique, se trató de imponer deliberadamente, y de arriba abajo, un inconsciente moral colectivo capaz de dar vida a «hombres nuevos».

En la Parte 3 solo hay un capítulo, el octavo, dedicado a la racionalidad, en el que busco ponerla en el sitio que se merece, que es bastante bueno, pero ni mucho menos tan glorioso como piensan los talibanes de la racionalidad. La inteligencia racional es un procesador de información, pero no es el *único* procesador de información, como piensan esos talibanes, entre los que se encuentra Steven Pinker. Hay otros procesadores, como la inteligencia evolutiva, la inteligencia colectiva, la inteligencia artificial y, desde luego, la selección natural.

Y con esto entramos en la Parte 4, en que paso revista a algunos artefactos culturales, no biológicos, para hacer frente a la cooperación dentro de los grupos humanos cuando el tamaño de estos comienza a crecer a resultas de la implantación progresiva de la agricultura en la llamada «Revolución neolítica». El capítulo 9 se ocupa de uno de estos artefactos culturales, el «principio de legalidad», como lo llama Francis Fukuyama. Trato en todo momento de reemplazar el confuso, metafísico, y en última instancia equivocado, iusnaturalismo por un iusevolucionismo, en que se reconozca la diversidad cultural de las llamadas «leyes naturales», frente a la pretensión de universalidad de las mismas defendida por los iusnaturalistas.

Las jerarquías políticas son el centro de atención del capítulo 10. Emergen pausadamente y sin planificación consciente para atajar los problemas de ley y orden nuevos que traen consigo los órdenes sociales extensos, dentro de un continuo formado por bandas, tribus, jefaturas y Estados, en que se intensifican la concentración y centralización del poder político.

La religión fue otra herramienta para el control social en civilizaciones cada vez más extensas, según veremos en el capítulo 11. Pero no cualquier religión sirve para desempeñar este cometido, sino religiones basadas en Grandes Dioses, que auscultan las entrañas motivacionales del ser humano y castigan, tanto en este mundo como en el más allá, a los incumplidores de las normas sociales.

Y así llegamos a la Parte 5, en que ingresamos en la Segunda Jornada del ensayo: a partir de aquí empezaremos a tratar la moral fría y las condiciones que hubieron de reunirse para su eclosión gradual. El capítulo 12 con que se inaugura esta Parte 5 es un capítulo breve en que le hablaré del individualismo, tanto metodológico como moral (con especial atención a este último). También aprovecharé para separar individualismo de egoísmo, dos conceptos que mucha gente tiende a confundir.

El largo capítulo 13 es importante en la trayectoria del libro, pues pone de manifiesto la contraintuitiva influencia que tuvieron las políticas férreamente mantenidas por la Iglesia católica sobre el matrimonio y la herencia entre su feligresía, destinadas a incrementar sus riquezas materiales, pero que tuvieron también el efecto insospechado de espolear el individualismo, la ruptura del sujeto con su grupo familiar extenso y la libre disposición de sí mismo para integrarse en redes sociales escogidas voluntariamente por él. El capítulo se cierra con una alusión a la teoría de Max Weber sobre la relación entre la ética protestante y el capitalismo, y lo que pueda haber de cierto en ella.

En el capítulo 14 se estudia someramente la lenta declinación de la violencia en nuestra especie a través del comercio (uno de los motores civilizatorios principales), la empatía y la autodomesticación de los humanos.

Al llegar al capítulo 15 se encontrará con cierto detalle un censo de los avances en la vida material y moral que han ocurrido desde el siglo XIX en adelante. Los avances morales, por cierto, son todos progresos en la moral fría, y muchos de ellos reobran sobre las mejoras económicas y tecnológicas. Los adelantos en

la vida material y moral están entrelazados. A lo largo del capítulo 16 me esmero en distinguir entre democracia y liberalismo, conceptos que viajan mezclados en las cabezas de muchos, pero que apuntan a cosas muy distintas y, no obstante ello, complementarias, como pone de relieve la existencia de democracias liberales en los países más avanzados del planeta. Asimismo menciono que la mejora de la cartografía política exige que se usen dos ejes diferenciadores, no solo el de izquierda-derecha.

Cuando llegue al capítulo 17 usted seguramente pensará que he dado un volantazo inesperado al guion del libro, pues si hasta entonces me he dedicado con tesón a castigar duramente el hígado del egoísmo como principal disolvente de la cooperación entre grupos y en el interior de ellos, ahora de repente saco a relucir algunas de sus virtudes bajo ciertas circunstancias. Es así, y espero que a pesar de la sorpresa inicial, acabe por aceptar estas matizaciones.

De este modo habremos llegado a la Parte 6, y final, del texto, en que me dedico a esclarecer las diferencias entre la moral fría y la moral cálida. La moral cálida está basada en el altruismo y la moral fría en el respeto. En caso de colisión, mantengo, la moral fría goza de prioridad sobre la moral cálida. Pero, de no haber tal colisión, lo mejor que nos puede pasar es que ambas formas de moral se complementen, y que podamos amar a nuestros más allegados (y desde luego, y antes que esto, también respetarlos) y sentir respeto por el resto de los mortales. Esta moral fría ha hecho avances espectaculares desde el siglo XVIII en adelante, con titubeos y dientes de sierra, pero con una marcha claramente ascendente. Sin embargo, no hay que dormirse en los laureles pues su triunfo dista de estar garantizado.

El libro termina con un Epílogo en el que se introducen consideraciones más generales relativas a por qué este escrito es diferente (para bien o para mal) a cualquier otro de filosofía moral que haya podido leer con anterioridad. Asimismo se revela allí que este trabajo está en el fondo inscrito en un programa de investigación de lo más clásico: el del esclarecimiento de

la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones, dicho a la manera de Adam Smith. Un asunto, el de la riqueza de las naciones, al que la moral fría hace una significativa contribución que hasta ahora ha pasado inadvertida. Ojalá disfrute del viaje teórico y me lo cuente.¹

PRIMERA JORNADA

*Las sociedades humanas aumentan
en tamaño y complejidad*

PARTE I
INDAGACIONES MORALES

I

LA MORAL COMO HERRAMIENTA PARA LA GUERRA

DOS ETAPAS EN LA EVOLUCIÓN HUMANA

Es bastante habitual encontrarse con la afirmación de que la especie humana se abrió paso hasta el sitio de honor que ahora ocupa luchando contra «las fuerzas hostiles de la naturaleza». Entre estas fuerzas hostiles se suelen mencionar los grandes depredadores que afligieron a nuestros ancestros, pero sin olvidar tampoco los elementos abióticos del medio (glaciaciones, sequías, inundaciones, erupciones volcánicas, sismos, etcétera), así como epidemias transmitidas por patógenos. Por supuesto, algunas de estas fuerzas hostiles siguen con nosotros, como ha puesto elocuentemente de manifiesto la pandemia de coronavirus iniciada en 2020.

Pero en otros aspectos la situación de nuestra especie ha dado un vuelco importante. Hemos alcanzado lo que se denomina *dominio ecológico*, estamos en lo alto de la cadena trófica y ya no tenemos depredadores importantes de los que preocuparnos. De modo que el mito del hombre como gran cazador de fieras ha de retirarse a sus cuarteles de invierno. En lugar de esto, las principales presiones de selección que se ejercen ahora sobre nuestra especie proceden de ella misma o, por mejor decir, de *otros* grupos de nuestra especie. Digamos que la competencia

interespecífica ha sido poco a poco reemplazada por la competencia *intraespecífica*, el haber alcanzado el dominio ecológico ha abierto paso a la competencia social entre nuestros congéneres. Algo que, por lo demás, estuvo con nosotros desde el principio.¹

De manera que las dos principales etapas en la evolución de nuestra especie son aquella en que todavía no habíamos alcanzado el dominio ecológico y aquella otra en que ya lo habíamos alcanzado y empezaba o se recrudecía la competencia social. Esta última podía adoptar dos modalidades:

- La competencia *dentro del grupo* por alcanzar mayor éxito reproductivo.
- La competencia *entre grupos*, que haría más fuertes a los grupos o tribus más cohesionados, y estimularía en consecuencia la estrategia de *cooperar para competir*, cooperar con los del propio grupo para mejor competir con los miembros de otros grupos.

Es en este punto preciso en el que cobra sentido evolutivo el comportamiento moral.

EL ORIGEN DE NUESTRAS FACULTADES MORALES

El mismo Charles Darwin se ocupó del origen y progreso de nuestras facultades morales sobre el trasfondo de conflictos armados entre grupos humanos. Lo hizo en su obra *El origen del hombre*, del que están extraídas las citas que vienen a continuación. Su importancia teórica justifica que me detenga en ellas con todo el cuidado que merecen.

Quando dos tribus de hombres primitivos, que vivieran en la misma región, llegaran a una situación de competencia, si una tribu incluía un mayor número de miembros valientes, compasivos y fieles, que estuvieran siempre dispuestos a advertir a los demás del

peligro, a ayudar y a defender a los demás (siendo iguales las demás circunstancias), esta tribu tendría mayor éxito y conquistaría a la otra. Téngase presente lo importantes que deben ser la fidelidad y la valentía en las incesantes guerras de los salvajes. [...] Las personas egoístas y pendencieras no cooperan, y sin cooperación no puede conseguirse nada. Una tribu rica en las cualidades citadas se expandirá y saldrá victoriosa sobre otras tribus; pero en el decurso del tiempo, a juzgar por toda la historia pasada, será superada a su vez por alguna otra tribu dotada de cualidades todavía mejores. Así, las cualidades sociales y morales tenderían a avanzar lentamente y a propagarse por todo el mundo.²

A pesar de lo iluminadoras y ricas que resultan las palabras de Darwin, debieron de causarle a él mismo cierta incomodidad debido a que chocaban con alguno de sus principios de la evolución por selección natural, que puede ser descrita en tres sencillos pasos:

1. Algunos rasgos biológicos se heredan a través de los genes.
2. Las mutaciones y la recombinación genética producen variación en esos rasgos.
3. Algunas de estas variaciones confieren a su portador más éxito reproductivo que otras, de modo que con el transcurso de las generaciones aumentará la frecuencia de las variantes más eficaces en la población.³

Por supuesto, una formulación así de la teoría no estaba al alcance de Darwin, que no sabía nada de los genes de Mendel ni de mutaciones y recombinaciones genéticas. Pero el punto tercero sí era defendido explícitamente por Darwin, como estamos viendo, y era difícil para él justificar que un rasgo de conducta como el altruismo confiriera ventajas a su portador o lo volviera más apto en la lucha por la supervivencia y reproducción. El propio Darwin se percató de esta disonancia, como dejan claro estas palabras:

Pero se puede preguntar lo siguiente: ¿De qué modo, en el seno de la misma tribu, un número grande de miembros se dotaron por vez primera de estas cualidades sociales y morales, y cómo aumentó el nivel de la excelencia? Es muy dudoso que los descendientes de los padres más compasivos y benevolentes, o de los que eran más fieles a sus compañeros, se reprodujeran en mayor número que los hijos de padres egoístas y traicioneros pertenecientes a la misma tribu. Aquel que estuviera dispuesto a sacrificar su vida, como lo ha estado más de un salvaje, antes que a traicionar a sus compañeros, a menudo no dejaría descendientes que pudieran heredar su naturaleza noble. Los hombres más intrépidos, siempre deseosos de situarse al frente en los combates, y que arriesgaran generosamente su vida por los demás, perecerían por término medio en mayor número que los demás hombres. Por lo tanto, apenas parece probable que el número de hombres dotados de dichas virtudes, o que el nivel de su excelencia, pudieran aumentarse mediante selección natural, es decir, por la supervivencia de los más aptos.

A esta objeción que Darwin se pone a sí mismo sobre el origen de las capacidades morales responde acudiendo a diversos argumentos.

1. *El argumento del altruismo recíproco.* «En primer lugar —sigue diciéndonos Darwin—, a medida que la capacidad de razonamiento y de previsión de los miembros iba perfeccionándose, cada hombre aprendería pronto que si ayudaba a sus compañeros, por lo general recibiría ayuda a cambio. A partir de este motivo bajo podría adquirir la costumbre de ayudar a sus compañeros, y la costumbre de realizar acciones benévolas refuerza ciertamente la sensación de simpatía que confiere el primer impulso a las acciones benévolas. Además, es probable que las costumbres seguidas durante muchas generaciones tiendan a heredarse».

Es muy digno de subrayar cómo la última frase refleja los restos de lamarckismo que quedaban en la teoría de Darwin, al decir que es muy probable que los comportamientos repetidos se hereden. Recuerde que el lamarckismo

(propagado por Jean-Baptiste Lamarck, 1744-1829) es una teoría evolucionista, anterior a la de Darwin, en que se defendía la herencia de los caracteres adquiridos; caracteres que podían ser anatómicos, fisiológicos o de conducta. Si esta teoría fuese cierta, los hijos de Arnold Schwarzenegger, el famoso culturista y actor, que se ha pasado media vida haciendo pesas, serían bebés musculosos, niños que habrían heredado los caracteres adquiridos en vida por su padre.

2. *El argumento del castigo altruista.* Es defendido por Darwin en estos términos: «Pero otro estímulo, mucho más potente, para el desarrollo de las virtudes sociales lo proporciona el elogio y la censura de nuestros compañeros. Tal como hemos visto, al instinto de simpatía se debe, en primer lugar, el que apliquemos tanto elogios como censuras a los demás, mientras que gustamos de los primeros y tememos a las segundas cuando se nos aplican, y sin duda este instinto se adquirió originariamente, como todos los demás instintos sociales, mediante selección natural».
3. *El argumento del autocontrol moral.* Dice Darwin que «es escasamente creíble que un salvaje que está dispuesto a sacrificar su vida antes que traicionar a su tribu, o uno que prefiera entregarse como prisionero antes que traicionar su palabra, no sientan remordimientos en su fuero más interno, si no cumplen el deber que consideran sagrado».
4. *El argumento de la reciprocidad indirecta.* «Un hombre que no se viera impelido —sostiene Darwin— por ningún sentimiento profundo e instintivo a sacrificar su vida por el bien de los demás, pero que se viera estimulado a dichas acciones por un sentido de la gloria, mediante su ejemplo excitaría el mismo deseo de gloria en otros hombres, y reforzaría mediante ejercicio el noble sentimiento de la admiración. De este modo haría más bien a su tribu que engendrando descendientes con una tendencia a heredar su propio carácter elevado».
5. *El argumento de la selección de grupo.* Aquí Darwin toma expresamente en cuenta la ventaja que para un grupo, ¡no para

el individuo!, tiene el hecho de que en su seno haya muchos miembros dispuestos a sacrificarse por el bienestar colectivo frente a otros grupos poblados mayoritariamente por individuos egoístas, capaces de colocar al frente sus intereses personales incluso aunque con esto pongan en peligro el porvenir de la comunidad. Estas son sus palabras:

No hay que olvidar que aunque un elevado nivel de moralidad no confiere más que una ligera ventaja, o ninguna en absoluto, a cada hombre individual y a sus hijos sobre los demás hombres de la misma tribu, en cambio, un aumento en el número de hombres bien dotados de cualidades y un progreso en la norma de moralidad otorgará ciertamente una inmensa ventaja a una tribu sobre otra. Una tribu que incluya muchos miembros que, por poseer en alto grado el espíritu del patriotismo, fidelidad, obediencia, valentía y simpatía, estén siempre dispuestos a ayudarse mutuamente y a sacrificarse por el bien común, será victoriosa sobre la mayoría de las demás tribus; y esto será selección natural. En todas las épocas y en todo el mundo, unas tribus han sustituido a otras y, puesto que la moralidad es un elemento importante de su éxito, la norma de moralidad y el número de hombres con buenas cualidades tenderá a crecer y a aumentar en todas partes.⁴

Esta panoplia argumental presentada por Darwin, con ser tan sólida y convincente, estaba incompleta, y el altruismo seguiría siendo un enigma para la teoría de la evolución hasta que, en las décadas de 1960 y 1970, se introdujo el elemento que curiosamente Darwin pasó por alto: la selección de parentesco.⁵